

AÑO DE LA MUJER...

Estamos ya en la mitad de este Año Internacional de la Mujer. ¿Y qué? Veamos. Hasta hoy, entre montones de estupideces escritas por plumas de uno y otro sexo, se le han dedicado a la mujer algunas frases condescendientes. También es verdad que plumas inteligentes —los biógrafos afirman que la inteligencia no tiene sexo— han puesto sobre las les del problema puntos muy atinados.

En la especie del «homo sapiens», macho y hembra son distintos, a causa de la ligera diferencia de estructura entre sus respectivas hormonas: folículo (hormona femenina) y testosterón, masculina. Distintos, sí; pero no superior uno al otro, si por «homo sapiens» entendemos animal dotado de inteligencia racional. Como macho, el hombre es más musculoso, más resistente a la fatiga; condiciones las más adecuadas en el remoto mundo prehistórico y en los mal llamados pueblos salvajes de hoy. Para subsistir había que luchar a brazo partido contra la Naturaleza hostil y contra la hostilidad de los congéneres. La hembra, entre el embarazo y la lactancia, no podía correr ni alejarse mucho de su indefenso cachorro. Trabajaba, sí, como hoy trabajan las mujeres en nuestro país, en casa, en el campo, cuidan el ganado, etcétera, etcétera, sin sueldo, sin contrato laboral. El hombre, habituado a su posición de fuerza, se hizo el amo e hizo de su fuerza el derecho.

La musculatura ha perdido importancia en el mundo de la máquina —subsiste como espectáculo—, pero pervive el poder de dominio, con el que el hombre sigue sometiendo a mujeres, niños, grupos humanos, pueblos enteros. Las instituciones, política, ley, religión, etcétera, han aceptado y respaldado el uso y abuso de la fuerza, del poder dominante.

A la mujer se le han dedicado toneladas de versos, de flores, de canciones. Se la ha bañado en todos los perfumes. La pacotilla y las joyas más caras la han adornado, pero se la mantiene atada a la pata de la cama. ¡Cuánta hipocresía —consciente o menos— en las instituciones! Y ahora el Año Internacional de la Mujer. Otra hipocresía, y ridícula por añadidura.

Borja Mapelli decía en TRIUNFO: «Determinados artículos de la ley (española) nos dibujan una idea de la mujer estupidizada...», y continúa: «Uno termina creyendo que es realmente peligroso

dejar que las mujeres hagan algo». Algo fuera de casa —añado yo—, con una responsabilidad, un sueldo, unas relaciones sociales más amplias, una competencia profesional... Eso es: miedo del hombre a ser desalojado del pedestal que él mismo se erigió. Y el hombre se aferra al machismo. Hablo de los hombres maduros. Los/las jóvenes se ríen del machismo y de tantas cosas veneradas hace unos años, hoy anacrónicas.

Leo en una revista de peluquería lo que opina el bailarín de fama internacional Antonio Gades: «Yo creo —dice— que la mujer ha nacido para acompañar al hombre, para ayudarlo a realizarse». En él no me sorprende esta declaración machista. Ya no tiene veinte años ni creo cumpla treinta. A la pregunta de por qué se hizo bailarín, responde: «... sólo quería sacar el mayor partido de mi musculatura». **No comment.**

No faltan mujeres que viven contentas atadas a la pata de la cama. Las pobres no saben cómo remontar la corriente. Arrastran la alienación de milenios. Han sido manipuladas, generación tras generación, por la familia, escuela, Iglesia, ley, etcétera, para eso y nada más. Sabido es que, abolida la esclavitud en USA, muchos esclavos recién liberados perdieron pie. La vida se les presentaba como una lucha aterradora: el hombre blanco con su Ku-Klux-Klan y todo lo demás. La esclavitud había atrofiado en ellos la capacidad de enfrentamiento.

«El año del conejo», en la portada de «ABC», ha producido cierta urticaria. Y «ABC» ha intentado justificarse: «Es el año chino del conejo...». No he visto esa portada ni he leído lo que «ABC» ha escrito al respecto. Pero no deja de tener miga la aproximación conejo-mujer. En 1899, Jacques Loeb realizó las primeras fecundaciones químicas de huevos vírgenes de erizos de mar. En 1939, el americano Gregory Pincus realizó la partenogénesis artificial de un mamífero: el conejo. Con ello se había dado el primer paso hacia la fecundación artificial sin padre. Dice el biólogo Jean Rostand sobre esto: «Tal vez no estamos muy lejos del día en que se hará nacer seres humanos sin padre, porque los primeros fecundantes se encuentran no sólo en las células masculinas, sino también en los glóbulos de la sangre». Ya sé, ya sé que las instituciones se aprestarán con todo ahínco a condenar esas prácticas «contranatura». En el nombre de la moral, de la dignidad huma-

na, ¡cuántas zancadillas a la ciencia, a la vida, cuando sus avances ponen en peligro la autoridad tradicional! Hipocresía, vanidad, egoísmo y cuánto miedo disimulado también. El que mata a otro es un asesino y se le condena a muerte. ¿Y al que mata a millones? Guerras coloniales, guerras imperialistas. ¿Y las guerras santas? Pero la dinámica de la sociedad va muy acelerada y el tiempo acaba por ganar todas las batallas perdidas.

Volviendo al machismo. Este Año de la Mujer estaría bien que los hombres hiciesen un regalo a sus mujeres. Un regalo que todas aceptarían y que no cuesta dinero. Este año los hombres asumirían el embarazo y el parto en su propio cuerpo. El problema demográfico se aliviaría, porque los hombres no resistirían el golpe. Algún valiente tal vez llegase al final, pero ése —no os quepa duda, mujeres—, ése subiría a los altares con una aureola de santo en la cabeza y una palma de mártir en la mano.

«Homo sapiens», partícula cósmica, deja ya de machear. Baja a la Tierra. Es duro dejar de creerse un dios. Lautréamont lo confesó: «Soy el hijo del hombre y de la mujer, según se me ha dicho. Me sorprende... Yo creía ser más». ■ CARMEN IRAIZOZ (Valencia).

EL PROBLEMA DE LA MUJER

Sobre la declaración del Año Internacional de la Mu-

